

Carmen Naranjo

ISAAC FELIPE AZOFEIFA

Nos llega a menudo, de Carmen Naranjo, como si aconteciera de pronto pero sin sorprendernos, como de modo inesperado aquello que esperábamos, la noticia de un nuevo libro que puede ser poesía, pero también novela o libro de cuentos, y nos sorprende incursionando en los campos del dibujo o del teatro, y luego, con idéntica senzatez y cierto silencio asume también un cargo diplomático o la responsabilidad del Ministerio de Cultura, y en todo momento se nos muestra la misma personalidad dinámica, segura de sí, inteligente y discreta, que lo ilumina todo con sus juicios, sus claras opiniones sobre el mundo y las gentes.

Este año tenemos la noticia de que se le ha concedido el premio Nacional de Literatura, o premio Magón, que es el más alto galardón con que el Estado costarricense elevará a la escritora a la categoría de clásico de nuestra cultura nacional. Sí, pero en este caso el premio va por una vida y una obra múltiple, múltiplemente valiosa. Para celebrar este suceso magno y gratisimo, nos hemos convocado esta noche aquí al lado de Carmen.

Todo auténtico creador literario y artístico viene a abrir con su obra una vía nueva, inédita, para que los demás mortales contemplemos, sintamos, pensemos e interpretemos la existencia, nuestro ser de hombres en el mundo. Así resulta que los libros de Carmen Naranjo vinieron a hacer la vivisección de nuestra pequeña burguesía, de nuestra clase media urbana, que se autocomplace en su existencia tan chata, de tan bajo vuelo vital, de la cual parecen haberse ausentado casi todos los valores que con siglos de trabajo ha creado el hombre; pero *cultiva a fondo el precepto del más grosero hedonismo*— ¡Aprovecha el presente!— que es el que la cultura occidental burguesa puso temprano aparte para exaltar el esfuerzo, la voluntad y la responsabilidad moviendo la conducta de cada día.

Personajes sin carácter, antihéroes de la existencia con su bien instalado equipo de automatismos del pensamiento y de la acción, y que suelen caer en el lazo de sus bajos impulsos sin otro objeto que la propia satisfacción. Sin grandeza de alma para hacer el bien, pero tampoco la audacia necesaria para hacer el mal. Esos son los seres que pululan en la obra de Carmen Naranjo. Y por esto mismo suelen carecer de nombre, para subrayar el anónimo de su existencia mediocre sin remedio.

Pero no es la desesperanza el sentimiento final de estas obras, sino la piedad, la compasión estética que es la mirada impassible del narrador que observa, atestigua, sin conmoverse ni cerrar los ojos. Uno sabe que el novelista ha seleccionado desde el principio el rincón del mundo y el género de gente que va a encontrar ahí. La obra narrativa de Carmen nos entrega el mundo de los burócratas en el enrarecido aire de sus oficinas, o atareados en la murmuración

trivial y la actividad consumista de una ciudad que nunca se nombra.

Carmen juega sagazmente con los estereotipos mentales y morales del ciudadano medio. Ha llevado para esto con agudísima sutileza a sus páginas la lengua de frases hechas que maneja este ciudadano-masa, que expresa una cultura de lugares comunes del pensamiento y del lenguaje. Cualquiera día un analista va a sorprendernos con el trabajo laborioso de recoger y recrear el perfil de la señora bien, o del inculto hombre de cuello blanco o de la dama tan pagada de su papel, que es la pequeño-burguesa de nuestra pequeña capital provincial del país. Pero la piedad de la autora sabe buscar y encuentra siempre el hueso de bondad del ser insolidario y sin claridad interior cuya peripecia nos narra. Pienso particularmente en esa obra intensa, redonda, bien lograda que titula *Memorias de un hombre palabra*, la más grata para mi gusto entre todas.

Ni las novelas ni la poesía de Carmen Naranjo son de fácil lectura. Carmen ha venido, no sólo a romper los moldes tradicionales de tema y estilo de nuestra narrativa. Carmen ha venido a enriquecerla con un lenguaje riquísimo de estructuras, nuevas, sorprendentes. Mas, para terminar este breve bosquejo debemos decir que sus personajes están concebidos sobre el fondo de una sociedad a la cual mira irónicamente, con ánimo crítico y satírico, concebidos con una enorme ternura por nuestra sociedad urbana tan pequeña y desesperadamente irredimible. Simpatía y compresión por su miserable destino es lo que nos deja esta lectura. Pero al revisar la obra entera de Carmen, poesía y prosa, nos ha parecido descubrir que esa actitud vital de la escritora está definida desde que asoma a las letras costarricenses con un libro de poesía que lleva este título: *Canción de la ternura*. Apareció en 1964, hace apenas 23 años. No es poema escrito para arrullar a un niño. Es su hermandad radical con el hombre la que desata su sentimiento, y a quien califica en acto místico de religación con él, con el olvidado sustantivo de "Hermano". Leyéndolo de nuevo, ahora que está la autora frente a nosotros cargando sus 15 obras entre narraciones, poesía y ensayo, se nos ocurre que este poema, cobra valor significativo de ideario lírico, verdadero manifiesto inicial del creador.

Hermano,
Desde donde nace la voz plena
recíbeme esta dádiva impotente.
Y en la larga mudez de mi ausencia
recuerda el desvelo de mi lucha por la
palabra.

Hermano,
con voz plena,
con la noche, la honda noche,
con la tierra y con la tierra el mar,
con la luz,
y las sombras dolorosas del alma,
y los golpes de amor y ternura,
de mi propio corazón hundiéndose,
quiero hablarte para siempre,
simplemente hablarte.